

Regocijaba a Alicia Meynell la presteza conque el viento podía deshacer de sobre Londres el espeso manto de la niebla y dejar ver, alto y amplio y azul, recién barrido, el cielo. Con igual facilidad, decía ella, podría la tierra desembarazarse de las monstruosidades de la drillo, hechura de los hombres, que se han aglomerado en derredor de las estaciones de ferrocarril.

En derredor de estaciones ferrocarrileras se aglomeran las casas en las poblaciones nórdicas. Para los iniciados en disciplinas sociológicas el dato es altamente revelador. Los pueblos nórdicos, que son los de vanguardia en la moderna civilización occidental, no le temen al ruido — falta de sensibilidad,

—viven de movimiento—abundancia de animalismo,— y tienen la comunicación con otros pueblos como el valor más elevado de progreso. Las más grandes ciudades anglosajonas son puertos o conjunción de vías férreas: Londres, Nueva York, Chicago, Liverpool. Colón es para los hombres del Norte héroe de manera distinta que para nosotros los de cultura neolatina. A nosotros nos subyuga principalmente la intrepidez y el tesón, y la tragedia del Almirante; a ellos las consecuencias prácticas, incalculables aún, que han tenido sus viajes. De Lindbergh admiramos el arrojado; para ellos — para él mismo, quizá —, la valentía del muchachón escandinavo es cosa secundaria: lo primero es la importancia de sus vuelos en el desarrollo de la comunicación por vía aérea.

La civilización nórdica nos está conquistando — lentamente. Por esa lentitud quizá se acabe antes de habernos conquistado del todo. No sería imposible, pero ni difícil, mientras tanto, calcular su avance entre nosotros: bastaría medir — medir literalmente — la distancia cada vez más corta entre las estaciones de ferrocarril y el centro de nuestras poblaciones. Cuando, como en las grandes urbes anglosajonas el centro de nuestras ciudades coincide con las estaciones ferrocarrileras, la conquista estará consumada.

Por el momento, y desde que los conquistadores españoles fundaron nuestras ciudades, las monstruosidades latinoamericanas de adobe, de piedra labrada, de piedra volcánica, de madera, de cemento, y aún de zinc, es en derredor del templo parroquial que se aglomeran. El viaje que absorbía a aquellas intrépidas gentes que nos dieron su civilización, no era sobre la faz del planeta, sino el del alma: fundamental preocupación medieval que apunta el más célebre intérprete de *Mont*

Persiflage

Motivos de Año Nuevo

Estaciones y Catedrales.

=Colaboración directa=

Para don Joaquín García Monge, perdido para el clero, pero en cuya alma llena de visiones ruge la fiera voz de Pedro el Ermitaño.



Saint Michel y Notre Dame de Chartres. (1) En nuestra América las poblaciones se divisan desde lejos por las destacadas torres de sus iglesias. Veis allá, en la falda de la montaña perpetuamente verde, una o dos torrecillas blancas o rosadas — las rosadas son más lindas — y no veis más. Allí es un pueblo. Todavía no hay, felizmente, estaciones ferrocarrileras en esas poblaciones; y cuando las llega a haber, es en lo más apartado del casco pueblerino donde sientan sus reales, como con timidez, como con vergüenza. Las actividades visibles y honrosas de los hombres se congregan en el radio del templo; cerca de la estación sólo hay lo que conviene al decoro ciudadano ocultar: las casas de cita, los burdeles más deshinchados, la miseria en sus más sórdidas formas. Cuenta de un latinoamericano que, habiendo llegado una tarde a Nueva York, por la noche lo llevaron en tranvía subterráneo a conocer el trecho de ciudad, fantásticamente iluminado, entre sus dos principales estaciones. «¡Vamos al centro!», dijo él «¡vamos al centro, que si esto es por las estaciones, cómo será aquello!» En Nueva York las estaciones son el centro.

En San Isidro de Coronado hay quien, fiel a la idiosincrasia de la raza, ha rehusado enorme suma de dólares ofrecida a cambio de una meseta llana, de su propiedad, donde la compañía yanqui desea hacer campo de aviación con hangares y hotel, y con carretera pavimentada a San José. Mientras dure la castellana terquedad hidalga de ese tico admirable, en San Isidro de Coronado no aterrizarán aeroplanos. En cambio con beneplácito unánime del pueblo, se edifica en San Isidro de Coronado un templo que costará un millón: estación de partida y de expendio de boletos para la eternidad.

(1) Un norteamericano civilizado: el historiador Henry Adams.

provocada para forzar nuevos empréstitos con los cuales seguir adelante en la danza del derroche carreteril que aprovecha sólo a los vivos de la política y que amenaza palpablemente con herir de muerte la soberanía de la nación, como en vecinos pueblos. Así es de amarga la opinión que en el Guanacaste impera; lo que no obsta, sino que es razón de más, para que los municipios se nieguen a venderle tierras a la compañía extranjera de aviación. El guanacasteco también es medieval. Antaño hubiera sido éste, mote de reproche. Pero leed el libro de Henry Adams que he citado; leed el reciente volumen de Pijoán sobre la edad media, o los volúmenes correspondientes a esa época de las monumentales historias que editan las universidades inglesas y alemanas, y aprended que medieval es adjetivo que honra.

Hasta en San José, con su corrupción del patriotismo y todo, los vecinos prefieren que se vayan los aeroplanos y no vuelvan, antes que dejar que la Sabana pase a ser propiedad de la compañía extranjera. A la Sabana no se le ve utilidad mayor. Allí rumian unos bueyes mansos, y patean una pelota de cuero, inflada de aire, unos niños vagos. Hay quien coge por su cuenta a los niños vagos y a los mansos bueyes y quiere hacer creer que ellos son la causa del obstáculo que a la empresa aviadora se le pone. No nos equivoquemos. Porque si mañana se le ocurre (¡y la idea no es mala!) a Su Excelencia el Señor Arzobispo construir una catedral en ese campo, ya veréis de qué buena gana se lo ceden los niños vagos a quienes toca por el momento defender a la patria contra la invasión sutilísima del nórdico. Gansos fueron una vez los salvadores de Roma.

Es en tales detalles que se ve lo casi impenetrables que somos. No será fácil-

(Pasa a la página 63)